

## Una voz en la tarde

Abrió la verja y empujó. Un sonido familiar y chirriante se escuchó unos segundos. No le molestaba. Estaba acostumbrada. Era su casa. Su patio. Su jardín. Vivía sola. Nunca se había casado. Nunca encontró el amor del que hablaban los libros. Su trabajo de bibliotecaria le había absorbido y llenado su soledad.

Le gustaba tocar los libros, sentir el tacto duro o blando de las tapas, detenerse en la portada, leer los títulos, las reseñas de la contraportada y si le llamaban la atención, se los llevaba a casa y los leía o devoraba según le atrapara o no la historia.

Le gustaba colocarlos ordenados en las estanterías, clasificarlos, primero en ficheros de papel y más tarde digitalizarlos en el ordenador.

Le gustaba ver llegar a los estudiantes con sus libros bajo el brazo, en parejas o solitarios, divertidos o nerviosos según fuera o no época de exámenes.

Le gustaba la jovencita que cada día a las cinco de la tarde llegaba mecido su cola de caballo, se sentaba, se quitaba sus pendientes de pinza con perla, los dejaba al lado de sus libros y comenzaba a trabajar hasta las ocho que se marchaba.

Le gustaba ver cómo unos jóvenes universitarios que comenzaron estudiando en mesas alejadas poco a poco se acercaron y se hicieron amigos y más tarde se enamoraron. Había vivido todo el proceso con ojos soñadores, como si de una novela se tratase.

Le gustaba en la quietud y silencio de la mañana leer y elegir su próximo libro.

Le gustaba desempaquetar los envíos que llegaban regularmente cada primero de mes, como un regalo personal. Los acariciaba, los fichaba y los colocaba en el anaquel correspondiente.

Le gustaba prestar libros y hablar unos minutos con los pocos jubilados que regularmente y sin falta pasaban a recoger lecturas para la semana o el mes. Había quien leía muy rápido y quien era más lento.

Le gustaba su trabajo.

Vivía e imaginaba la vida de los usuarios, la vida de los protagonistas de sus novelas.

Vivía sus pasiones, sus tragedias, sus aventuras y su felicidad.

Pero no vivía su vida. Ni su tiempo.

Ahora se jubilaba con 65 años. Pelo recogido y un rostro afable con gafas de concha colgadas de una cadenita que se balanceaban sobre su pecho al caminar.

El viernes era su último día de trabajo. Anónimo, gris y azul, como el gato de la canción.

¿Qué haría ahora?

Cuidaría el pequeño y destartado jardín que tenía la casa.

No se le ocurría nada más.

El viernes le hicieron una pequeña despedida. Sin aspavientos. Un ramo de flores y unas palabras de la directora. Una tarta y unas botellas de cava.

La primera semana la pasó en casa casi sin salir, en batín y zapatillas todo el día, alternando lectura y televisión.

La segunda semana se dedicó a limpiar y pintar algunas estancias de la casa.

La tercera arregló armarios y estanterías. Tiró lo que no servía o estaba ya desfasado y pintó la cocina.

Al acabar el primer mes la casa estaba como los chorros del oro. Inmaculada. Impecable.

Había entrado marzo señalando ya la primavera, así que comenzó a trabajar en el jardín. Pero sus plantas no cogían brío. Las regaba, abonaba, escardaba, pero las veía débiles y lacias.

Entró la primavera. Apetecía estar en el jardín. pero al suyo le faltaba vista, color..

Había leído en una novela de autor cubano que un viejo tenía un jardín esplendoroso porque le ponía música cada día a sus plantas.

Ella decidió hacer lo mismo.

Cada tarde a las cinco se hacía su té ponía una sonata de Mozart, Beethoven música de Salieri, y sobre todo las cuatro estaciones de Vivaldi... y antes de sentarse en la mesa del jardín a bebérselo con parsimonia, les decía en voz alta a sus plantas.

-Y ahora que estáis regadas y descansadas, relajaros con un poco de música.

Y las melodías sobrepasaban la tapia de su jardín, se colaban en los patios colindantes, en los aposentos, cocinas y saloncitos de sus vecinos, y en esa hora todo parecía detenerse y descansar. Hasta los paseantes ralentizaban su paseo para escuchar esa música que salía de uno de esos patios de casas.

Una música diferente y exquisita cada tarde.

En mayo, su jardincito era un vergel, un oloroso y llamativo colorido apretujado en los parterres y junto a las tapias medianeras.

Pero no sólo era su patio. Toda la calle era una explosión de color y perfume.

Adelina, la bibliotecaria, la solterona, se daba cuenta apenas del milagro.

Estaba sola. No tenía amigos. Algún vecino la saludaba cuando se encontraban por la calle. Un saludo. Nada más.

Adelina, al contrario que su jardín, aunque seguía la rutina del té y la música se sentía sola. Miraba con cierto placer, eso sí, la lozanía de sus flores. Pero su mirada era nostálgica. Suspiraba y bebía el te en silencio.

No hablaba con nadie.

No tenía a nadie a quien vivirle la vida o inventársela. Las novelas ya no la llenaban como antes.

Y cuando el viento de la soledad amenazaba todos los sueños comenzó la rutina de los jubilados.

Cada mes iba a la biblioteca, miraba las novedades (casi siempre desfasadas) elegía dos o tres novelas y se las llevaba a casa.

Un día se trajo “Las ovejas de Glennkill”, donde un pastor leía libros a sus ovejas cada noche antes de llevarlas al redil.

Buena idea, pensó.

Aquella tarde, después de la hora de música y el té, con la tarde detenida y caminando despacio hacia la noche, entró en la casa y sacó un libro personal, que siempre le había gustado: *La isla del tesoro*. Era una buena lectura para iniciados.

Se volvió a sentar y se dirigió a sus plantas.

-Os voy a leer una historia de un muchacho valiente. Quiero que escuchéis con atención.

Y comenzó *“Lo recuerdo como si fuera ayer,llegó meciéndose como un navío, llegó a la puerta de la posada, y tra él arrastraba en una especie de angarillas,su cofre marino:era un viejo recio,maciso, alto, con el color de bronce que....*

Casi quince días tardó en terminar de leer en voz alta la historia. Cuando acabó y cerró el libro, se sonrió.

Al día siguiente al atardecer llevaba otro libro bajo el brazo. Un grueso volumen con hojas papel de biblia. Lo abrazaba contra su pecho.

-Hoy vamos a comenzar uno de los mejores libros de la historia de la literatura. No os diré el título hasta el final.

Y comenzó así: “ En *un lugar de la mancha de cuyo nombre no quiero acordarme....*

Lo que Adelina no sospechaba era que se había corrido la voz entre los paseantes, y cada tarde a las cinco comenzaban a llegar personas, mujeres solas, mujeres con niños, jubilados, parejas, parados...cada uno con una silla de tijera. La abrían silenciosamente y se sentaban justo al lado de la tapia del jardín que daba a la calle para escuchar esas historias que una voz clara y matizada y adecuándose al narrador, a los personajes y las situaciones y estados de ánimos, les brindaba cada día en esa hora detenida de la tarde.

Cuando cerraba el libro y Adelina se metía en la casa, un suave murmullo alteraba la quietud de la tarde. Los oyentes recogían su silla y se marchaban.

Pasó el verano y con el otoño los días se acortaron y el frío del invierno llegaba a galope.

Adelina pensó que ahora no tendría a quien leerle historias.

Sonó el timbre de la puerta y la cancela chirrió como solía. Adelina se asomó y contempló a una treintena de personas que se agolpaban tras la verja. Les sonrió a pesar de su asombro y les instó a hablar.

Eran sus oyentes del verano. Querían seguir oyendo sus historias.

¿No podría seguir leyéndoles dentro de la casa?

Adelina sonreía feliz.

Pablo Badoco